

INVESTIGACIÓN Y ARQUITECTURA:
UNA INTRODUCCIÓN A LOS CONTEXTOS
DE EMERGENCIA



INVESTIGACIÓN Y ARQUITECTURA: UNA INTRODUCCIÓN A LOS CONTEXTOS DE EMERGENCIA

ALEJANDRO GONZÁLEZ MILEA
HÉCTOR RIVERO PEÑA
COORDINADORES



Ediciones
Navarra



CONAHCYT
CONSEJO NACIONAL DE HUMANIDADES
CIENCIAS Y TECNOLOGÍAS



**Ediciones
Navarra**

Van Ostade núm. 7, Alfonso XIII, 01460,
México, Ciudad de México.

Esta obra fue dictaminada por el sistema de pares doble ciego, en el Comité Editorial del Instituto de Arquitectura, Diseño y Arte, de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Esta obra fue editada e impresa con recursos del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencia y Tecnología.

Primera edición: 2023

Investigación y arquitectura: una introducción a los contextos de emergencia

Coordinadores: Alejandro González Milea y Héctor Rivero Peña

Cuidado de la edición: Adlaí Navarro García

Diseño de portada: Bernardo Navarro E.

Diagramación: Rafael Franco Calderón

ISBN: 978-608-8789-74-0

D.R. © Ediciones Navarra

Van Ostade núm. 7, Alfonso XIII,

01460, México, Ciudad de México

www.ediciones-navarra.com

www.facebook.com/edicionesnavarra

www.edicionesnavarra.tumblr.com

@Ed_Navarra

Queda prohibida, sin la autorización escrita del titular de los derechos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Impreso y hecho en México.

Índice

INTRODUCCIÓN A LA EMERGENCIA | 7
Alejandro González Milea y Héctor Rivero Peña

PRIMERA PARTE

LOS PROYECTOS COMO OBJETOS HISTÓRICOS | 21
Frédéric Graber

LA AZOTEA: LUGAR DE LIBERTAD EN TIEMPOS INCIERTOS | 39
Jaell Durán Herrera

LA ARQUITECTURA EN LA EMERGENCIA ARQUEOLÓGICA: PUENTE EPISTEMOLÓGICO EN LA VALORIZACIÓN DEL PASADO | 57
David Arturo Muñiz García

AUTODETERMINACIÓN: MOTOR DE LA PRODUCCIÓN SOCIAL EMERGENTE DE HÁBITAT HUMANO | 87
José Alejandro Barón Hernández

LA EMERGENCIA DENTRO DE LA EMERGENCIA: LA LUCHA POR PROTEGER EL PATRIMONIO VERNÁCULO MAYA | 119
Aurelio Sánchez Suárez

EXPERIENCIAS SITUADAS: (DE)COLONIZAR EL RÉGIMEN DE VISUALIDAD URBANO-ARQUITECTÓNICO EN LA CIUDAD FRONTERIZA | 143
Martha Mónica Curiel García y Salvador Salazar Gutiérrez

SEGUNDA PARTE

DESIGN FOR VULNERABLES: EL ARQUITECTO EN COMUNIDADES VULNERABLES Y LA MULTIDISCIPLINA | 167

Emanuele Giorgi y Tiziano Cattaneo

ESTRUCTURAS MÍNIMAS HABITABLES PARA OCUPANTES INVISIBILIZADOS Y SU TRANSFORMACIÓN PARA GENERAR COMUNIDAD EN CONTEXTOS DE CRISIS | 195

Rubén Garnica Monroy

PROCESOS EMERGENTES DE TRANSFORMACIÓN DEL CENTRO HISTÓRICO DE HIDALGO DEL PARRAL | 221

Jorge Alejandro Soto Silva y Héctor Rivero Peña

LA VIVIENDA ESPACIO DE REFUGIO DURANTE LA PANDEMIA POR COVID-19. ANÁLISIS DEL AMBIENTE OCUPACIONAL EN HOGARES DE CHIHUAHUA | 251

Leticia Peña Barrera y Luis Herrera Terrazas

TRANSFORMACIONES Y ENCRUCIJADAS EN LA HABITABILIDAD Y LA GENTRIFICACIÓN EN EL BARRIO DE LA ERMITA DE SANTA ISABEL, MÉRIDA, YUCATÁN | 279

Alma Rosa Acuña Gallereta y Carmen García Gómez

SEMBLANZAS DE LOS AUTORES | 303

Introducción a la emergencia¹

Alejandro González Milea y Héctor Rivero Peña

¿Por qué emergencia? En una ciudad relativamente joven, y ante la reciente especialización de la investigación en la arquitectura, nos parece oportuno preguntarnos si no nos hallamos ante un dilema relativo a las formas de conocer y el sentido y la utilidad del conocimiento. Parece necesario comenzar reconociendo que nuestra comunidad concibe sus materias de estudio de maneras muy diferentes.

Hace ya casi 150 años, en los *Anales de la Asociación de Ingenieros y Arquitectos de México* comenzó a formarse una tradición de investigación formal, y muy enriquecida por estudiosos de otras ciencias y profesiones. Más adelante aparecieron *Arte y Ciencia* y *Revista Mexicana de Ingeniería y Arquitectura*, donde, por cierto, ameritaba incluir un par de asuntos sobre la frontera norte de México, como la importancia y manera de establecer los precios de los terrenos que dejaban de ser agrícolas, las obras de protección contra inundaciones del río Bravo, las formas de vida en los hogares colectivos (vecindades), e incluso algunas cuitas en la frontera de un arquitecto educado en Bélgica. Bien pudieron parecer tópicos algo heterogéneos e incluso extravagantes, pero sugerían, para este caso, la diversidad de materias y centros de reflexión sobre la arquitectura y asuntos conexos.

En 2018 los profesores de la Maestría en Arquitectura de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez nos planteábamos cómo definir algunas líneas de investigación y formación; cabían dos posibilidades: o adaptar los contenidos de las vías acostumbradas, con sus métodos, o descubrir lo que nuestro entorno pedía investigar; de modo que nos preguntábamos ¿no habría otras vías alternativas? La ventaja de trabajar en una ciudad relativamente joven reside en que había oportunidad de repensar lo que entendíamos por proyecto, confort, patrimonio, habitabilidad, y un largo etcétera de términos que se

¹ Los autores agradecen la participación y los comentarios, que vertieron varios asistentes en el *Conversatorio: contextos de emergencia*, celebrado el 24 de marzo de 2021.

han vuelto *de moda* en el plano disciplinar; los métodos en el *mainstream*, por ahora probados como pertinentes y eficaces en la investigación en la arquitectura, ciertamente ayudaban a resolver problemas —a obtener un trabajo, por ejemplo—, pero, al mismo tiempo —ni qué decirlo—, también le imponían a la realidad formatos que la deformaban. Para poner unos ejemplos, en nuestro medio fronterizo ya es proverbial la lenta y paulatina desaparición de la agricultura, y para algunos no dejó de ser chocante y contradictorio recibir, en 2011, a un experto argentino en sustentabilidad para que nos explicara las ventajas de “introducir la agricultura urbana”. Otros casos menos obvios demandan advertir los efectos del paso del tiempo. En 1945 la Oficina de Bienes Nacionales de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público se embarcó en la elaboración de estudios sobre iglesias en Yucatán y otras áreas con presencia indígena —consolidando el compromiso con la protección de ese patrimonio—; pero, sesenta años después, arribó un nuevo ciclo de crítica del colonialismo, con todos los cuestionamientos al relato magnífico de la nacionalidad que ocultaba la discriminación indígena, desatando otra serie de consideraciones y estudios, o, mejor dicho, actualizándolos. Al respecto, conviene recordar que los arquitectos estuvieron al servicio de una y otra tendencia por igual. Lo mismo podría decirse de extravíos importantes, como el paso inadvertido de la primera tesis que introdujo en México el problema del clima y el bienestar humano, elaborada por un médico cirujano en 1897: Miguel Mendizábal de la Torre, en *La habitación humana*, ausente en las reflexiones de ingenieros y arquitectos al iniciar el siglo xx.

La investigación no sólo inventa sus propios objetos de indagación, sino que también crea los sentidos de urgencia que ayudan a instalar dichos objetos y sus palabras en la consciencia colectiva y, al mismo tiempo, una naturaleza paralela, y esto porque... es preciso hacer algo.

Pero como lo anterior no era exclusivo de la frontera, los coordinadores de esta obra nos dimos a la tarea de convocar a profesionistas y estudiosos que quisieran mostrarnos cómo investigan, con qué finalidades, en el marco de cambio drástico e incertidumbre. Nuestra experiencia fronteriza nos sugería una gama de asuntos muy amplia: la vida en el desierto y en climas extremos, las inundaciones en un valle agrícola que no ha terminado de urbanizarse, la condición binacional y el valor del dinero en una frontera de controles de cuerpos y mercancías, el arribo de caravanas de migrantes y de víctimas del desplazamiento forzado, los rápidos procesos de obsolescencia en la estructura edilicia y la memoria efímera, incluso el predominio en el paisaje de estéticas

estridentes.² Elegimos colocar la discusión en los “contextos de emergencia”, porque al tiempo que el término aludía a un campo interdisciplinar muy flexible —el ámbito afamado de los desastres—, denotaba igualmente a una larga tradición intelectual, con varias etapas de resurgimiento y actualización, donde el registro de la experiencia cognitiva antecede a la construcción de conocimiento.

De la calamidad a la aparición: descubriendo la emergencia

En el ámbito bien preciso de su quehacer profesional —con los formatos de investigación que implican—, los arquitectos han dado cuenta de la contradicción que encierran sus artefactos producidos para el futuro, pero también la oportunidad que significa la alteración del orden normal. Con motivo del terremoto que azotó Santiago de Chile el 27 de febrero de 2010, Francisco Díaz elaboró una breve exploración hermenéutica sobre la reconfiguraciones de la materia del arquitecto, durante los momentos inmediatos a la calamidad. Primero, dijo, lo que se alza para generar seguridad luego engendra el miedo; primero están los edificios —ese “cofre de la vida” ideado para proveer privacidad e intimidad—, pero dichas construcciones pueden convertirse en una amenaza para los cuerpos: “... un muro puede convertirse en proyectil”, y, así, el arquitecto se vuelve experto. Los arquitectos suelen pensar en sus ideaciones y trabajos en contextos de plenitud, y no acostumbran advertir que operan en instantes de excepción (Díaz, 2011: 13). Mejor aún, ¿acaso no hay instantes demasiado largos, incluso en parsimonia, que llegan a pasar inadvertidos?

Los estudiosos de la educación y la ciencia advierten sobre el cuidado de referimos a la ocupación, la profesión y la disciplina de forma indistinta. No es raro que el ámbito de la edificación y los lugares de vida, a través del tiempo, hayan sido surcados por una variedad de saberes que han convertido el discurso de la profesión en una compleja entidad surcada por polisemia: el habla sobre la arquitectura está poblada de varios sistemas de lenguajes. Por el contrario, no puede afirmarse lo mismo de la dimensión disciplinar de la arquitectura, donde es posible rastrear los momentos en que se han tomado prestados vocabularios enteros —y negociados— con las implicaciones obvias en la construcción de conocimiento (el enciclopedismo).

² El Coloquio Investigación y Arquitectura en Contextos de Emergencia, se celebró los días 24 y 25 de marzo de 2021, y se programó desde Ciudad Juárez en modalidad virtual.

En un foro que dirigió Jean Louis Cohen, con motivo de revisar cómo se había instalado la investigación en arquitectura durante el siglo xx, se señaló que una fase de consolidación se originó en las agendas de los gobiernos, en específico dentro de los campos de la conservación de edificios históricos y la protección del medioambiente (Lengereau, 2018: 25-26). Esto para nada invalida otras situaciones, como la migración de métodos desde la sociología y antropología hacia la década de los años sesenta, a los claustros de educación de los arquitectos (Eleb, 2018: 71), o como la ya tradicional investigación a través del proyecto (Picon, 2018: 154). Pero es interesante saber que se trata de dos formas distintas de demarcar la disciplina, a decir de lo que entendemos por un método y una tesis.

“Emergencia” puede parecer, en este contexto, un término extraño, y a la vez familiar, dentro de la reflexión arquitectónica. Existen cuando menos dos tendencias de significado que, puestas a examen, revelan similitudes de fondo, pero también muestran un desplazamiento desde la disciplina hacia la profesión por demandar estabilidad en la comprensión del cambio y sus implicaciones prácticas, por un lado, mientras que, por el otro, el empleo de la palabra se vacía al problema de la percepción y entendimiento de los cambios, y hunde sus raíces en la Ilustración.

Por esto, en un plano que podría calificarse de pragmático, el término “emergencia” se ha equiparado a otras palabras familiares como “desastre” y “crisis”; todas invocan la naturaleza repentina de algo o una condición inesperada que representa o provoca pérdida o daño. Los estudiosos de la “gestión del riesgo” prefieren las segundas dos palabras por considerar que tienen un significado más preciso, al contrario de “emergencia”, que —opinan— es un término vago e incluso contradictorio. Incluso señalan que un atributo de la crisis es su unicidad o singularidad, pero una emergencia, arguyen, no puede anticiparse y es inminente (Al-Dahash *et al*, 2016: 1194).

En los tiempos que corren, puede llamar mucho la atención que el gobierno español contemple la noción de Estado de Alarma —en su lenguaje jurídico—, para hacer frente a la crisis sanitaria debida al Covid-19. O que en el gobierno mexicano se contemplen dos formas de declaratoria ante situaciones críticas: la Declaratoria de emergencia y la Declaratoria de desastre natural, y no se haya recurrido a ninguna de ellas en el mismo contexto. Las particularidades siguen presentes, si se advierte que en el idioma francés no existe la distinción entre urgencia y emergencia —y se usa *urgence*—, al contrario del inglés; e incluso respecto a la diferencia en apariencia contundente en esta úl-

tima lengua entre *emergence* y *emergency*. Como todas las palabras que comparten raíz indoeuropea —para este caso *mezg* (sumergir)—, no es extraño que la variedad de usos del término y sus declinaciones, más que apuntar a la fijación de significados, también nos hablen de experiencias profundas no desterradas por las ciencias (Bordelois, 2017).

Es fácil adivinar que en la definición de “emergencia” del diccionario de la Real Academia de la Lengua Española de 1732, resonaba el pensamiento aristotélico: *accidente* que nace o proviene de otra cosa más principal. Lo cierto es que los tropos que se usaron en subsiguientes ediciones, como “aparición de algo que se advierte en el sustrato de donde proviene”, o “salir de algo que estaba sumergido”, han dado contenido a una forma vigente de reflexionar el cambio y sugiere una instancia cognitiva que merece tomarse en cuenta con alguna seriedad (Bedau, 1997). Los historiadores llevan siglos intentando explicar el cambio como algo que bien puede ubicarse entre lo que es orgánico y lo que es coyuntural (Antonio Gramsci), o distinguiendo la contingencia como un mero accidente o como condición inherente a todo proceso histórico (Elías Palti).

En la investigación de prácticas artísticas alternativas, Reinaldo Laddaga (2006) eligió estudiar, por ejemplo, formas experimentales de producir, o lo que llamó “una suerte de terreno medio” que aún permanecía sin teorizar. Se trata de la misma extrañeza que provoca la aparición de especímenes contruidos que siempre ha provocado rechazo o miedo. El horror tiene muchas formas de manifestarse, según Joshua Comaroff y Ong Ker-Shing (2013), sobre todo cuando la combinación de varios elementos produce un edificio que a la mirada sugiere referentes conocidos, pero también introduce deformaciones difíciles de explicar (Comaroff y Ker-Shing, 2013: 46-47, 94-98). Se trata de una vieja definición del arte, según la cual estaríamos ante un suceso ostentadamente improbable que bloquea la hetero-referencia, es decir, una situación novedosa que no puede explicarse más que por sí misma (Laddaga, 2006: 33-34). Lo interesante es que este hecho extraño, por improbable, por ser imprevisible, se mantiene como algo nuevo e independiente; para dar contenido a esta experiencia, Laddaga recurrió a algunos teóricos de la complejidad, donde la emergencia es término de uso corriente (Laddaga, 2006: 287-289).

Recientemente los estudiosos sobre los desastres han vuelto la mirada hacia la dimensión sociocultural con que se experimentan las catástrofes, y han hallado elementos de esta vieja discusión. Se trata de un nudo duro de la experiencia que los progresos de la ciencia no pudieron deshacer; considérese, por ejemplo, el ya clásico *Man and Society in Calamity*, de Pitirim Sorokin, que

abordó cuatro calamidades y su influencia en la vida de individuos y sociedades: la guerra, la revolución, la epidemia y la hambruna. Anclado en la sociología de la década de los años cuarenta, proponía un examen a varios niveles, como la mente, el comportamiento y procesos vitales, la movilidad y la organización sociales, y la vida sociocultural. Por supuesto que cuando se refirió a la arquitectura, como una de las expresiones que hay que abordar para entender la relación entre sociedades y calamidades, le confirió su estatuto de arte máxima (Sorokin, 2017: 258-259). Pero hoy es fácil entender que cada una de las dimensiones de experiencia social que empleó Sorokin, están, en realidad, pobladas por variadas concepciones y teorizaciones sobre arquitectura. Por ejemplo, y al respecto de la ciencia y la tecnología, comentó que al tiempo que el desastre urge a las personas a involucrarse en formas de alivio para paliar el daño, o prevenir su recurrencia, también dichas calamidades modifican las rutinas y modos de pensamiento y observación, permiten que aparezcan nuevos problemas que es posible discutir en canales frescos que ponen en duda teorías y opiniones tenidas por permanentes (Sorokin, 2017: 243-244). Por eso, el matemático C. P. Bruter, en su ensayo sobre la teorización de las catástrofes, eligió este epígrafe de Salvador Dalí: “[las catástrofes] ... constituyen el más armonioso momento de todos. Muestran la existencia de una armonía preestablecida” (Bruter, 1978: 293). Para Meiner y Veel, resulta así claro que las catástrofes o crisis permiten reflexionar sobre cómo concebimos la dinámica de eventos en el despliegue, y sus características causales y espacio-temporales. La historia de esta posible cartografía, dicen, tiene su larga historia que va desde la teoría del drama en la antigüedad, pasando por los diagramas de cúspides del matemático René Thom, hasta llegar, por supuesto, a las teorías de la emergencia y los sistemas hipercomplejos (Meiner y Veel, 2012: 2). Las dos últimas ya tienen trazada su genealogía que va desde el pensamiento del inglés H. H. Lewes, pasando por la acuñación de escuelas a inicios del siglo xx, como el evolucionismo emergente, el proto-emergentismo y la neo-emergencia, según De Wolf y Holvoet (2005).

A estas alturas parece oportuno recoger las dos tendencias del significado de emergencia, y preguntarse ¿cuál sería la diferencia entre la percepción del cambio que da cuenta de cómo funciona el sistema que lo aloja o destaca, y la conciencia o certidumbre acerca del daño o mal que puede provocar ese mismo movimiento? Bien podría tratarse aquí del nudo de la historia de la modernidad que, entre varios fines, siempre ha tenido que controlar lo imprevisible, y las profesiones modernas pueden constituir el aterrizaje de muchas incerti-

dumbres al plano concreto de la existencia. La aparición de agencias especializadas en la gestión de riesgos explica el auge de instancias dedicadas a prever lo improbable, incluso lo impensable, en materia de conocimientos científicos y técnicos (Goux-Baudiment, 2001, en Virilio, 2009: 64). Cuando Paul Virilio habló de la necesidad de descubrir el accidente original, se refirió, desde luego, a la invención del accidente, como una obra inconsciente, en el sentido de descubrir lo que estaba oculto a la espera de que salga a la luz. A diferencia del accidente natural, el accidente artificial sería resultado de la innovación de un artefacto: el problema, dijo, no es el iceberg, sino “el transatlántico insumergible”, para referirse a un conocido capítulo de la historia del dominio de los mares y los viajes turísticos (Virilio, 2009: 23-25).

Otro problema que dificulta la distinción entre cambio y cambio que afecta es la manera en que se ha ubicado al ser humano dentro de los avances de la ciencia evolutiva. La tesis de la excepcionalidad humana dice que, aunque el humano es uno entre varios seres vivos, también se distingue por poseer conciencia. Pero se trata de algo científicamente indemostrable, aunque necesario (Schaeffer, 2009). Ello explica que desde el nuevo materialismo se esté intentando elaborar formas distintas de narrar el mundo, con sus entes biológicos y formas materiales que se producen entre muchas fuerzas incomprensibles. Un buen ejemplo es el proyecto que emprendió Manuel de Landa en búsqueda de alejarse de las teleologías y el antropocentrismo; su propuesta de narrativa histórica gira en torno a las estructuras geológicas, los organismos biológicos y los sistemas de lenguajes (De Landa, 2000). Plantea, en un momento, el problema de la autoorganización que, si bien ha sido aplicado desde hace algunas décadas a sistemas puramente materiales, todavía requiere cierto refinamiento para aplicarse a las sociedades. El asunto sería, de manera resumida, que las cosas pudieran no haber sido el resultado de decisiones humanas, sino de consecuencias colectivas no intencionadas (De Landa, 2000: 17). ¿Para semejante trayectoria sería mejor el individualismo metodológico, y no las grandes corrientes del *mainstream*? El arquitecto Michael Weinstock vio con claridad las implicaciones de la diferencia entre investigar bajo el regazo de la profesión y bajo el horizonte de la disciplina. Separar la naturaleza de la tradición del hombre y sus obras no ha permitido entender los planos de organización de los objetos producidos natural y culturalmente (Weinstock, 2010: 8, 31-37).

Por todo lo anterior, entender cómo brinca a la arena de la discusión no solamente la versión disciplinar de la arquitectura, sino también toda la serie de artefactos inventados en la profesión constituyen una prerrogativa para renovar

el sentido de la investigación. Tal vez por ello, cuando Andrew Herscher (2017) se planteó la necesidad de entender cómo se ha producido la experiencia del refugio en una vertiente de desplazamiento ocasionada por los nacionalismos, develó no sólo la manera como la experiencia en la Segunda Guerra Mundial contribuyó a configurar el movimiento moderno en arquitectura; todavía más, en el contexto de nuestros días, donde los arquitectos se afanan en continuar sirviendo a las víctimas del oprobio que significa el campo de refugiados actual, aconsejó que los arquitectos deberían parar (Herscher, 2021).

Contribución de los autores

Las contribuciones de los autores se ordenaron según las nociones de emergencia empleadas, pero también por el ámbito de conocimiento y la práctica de investigación que tal decisión o inclinación tiende a descubrir.

De tal modo, un primer grupo acude a problemas teóricos que van apareciendo durante el entendimiento de procesos concretos y desvanecen el espectro de las intervenciones aun cuando también hacen una crítica de ellas. Es el caso del texto de Frédéric Graber, “Los proyectos como objetos históricos”, el cual ofrece una historia del concepto “proyecto”, concebido en términos amplios como anticipación, y que revela la aparición de entes autorizadores, pero también la dimensión colectiva de su conformación —el espacio donde se discute qué debe hacerse—, todo ello con un énfasis especial en el papel de los técnicos y expertos. Asimismo, otros trabajos se ocupan de dinámicas sociales mediante las cuales las cosas (personas y sus prácticas) pueden volverse invisibles o visibles, el estudio de Jaell Durán, “Azotea, lugar de libertad en tiempos inciertos”, devela, de la mano de una etnografía flexible y apoyándose en la fuerza de las imágenes producidas por la literatura, la azotea como espacio sospechado de refugio y libertad, pero hasta ahora invisible. En un sentido parecido, David Arturo Muñoz explica en “La arquitectura en la emergencia arqueológica”, cómo el descubrimiento de una ruina durante las excavaciones que, sobre todo, se practican en el contexto de salvamento, da inicio a un proceso de construcción de conocimientos colectivos que hacen del *lugar con significado* un punto de convergencia para dar lugar a narraciones sobre la arquitectura como sistema de ordenación del mundo. El trabajo de Alejandro Barón, “Auto-determinación: motor de la producción social emergente de hábitat humano”, discurre en torno a cómo se produce el hábitat durante la organización de prácticas colectivas que hallan espacio o no dentro de los marcos de regulación

de las ciudades; adopta la vertiente de novedad cualitativa, propia de la teoría de los sistemas, para discurrir en torno a las posibilidades de los trabajos que iniciaron con un huerto. Por su parte, Aurelio Sánchez, con un estudio de corte pluridisciplinario, titulado “La emergencia dentro de la emergencia: la lucha por proteger el patrimonio vernáculo maya”, ofrece algunas conclusiones de varios años de estudios, para descubrir las intenciones que subyacen a la construcción de la casa y entorno maya —en su propio idioma—, para denunciar la persistencia del desarrollo como fuerza colonizadora. Por último, Martha Mónica Curiel y Salvador Salazar, en su “Experiencias situadas: (de)colonizar el régimen de visualidad urbano-arquitectónico en la ciudad fronteriza”, presentan un recorrido por varias instancias que operan en la invisibilización y la visibilización de prácticas humanas, para develar otras maneras de sentir y pensar el espacio habitable.

En el segundo grupo de textos rigen concepciones más estáticas y operativas de la emergencia, a diversas escalas que van desde el espacio íntimo y privado hasta el urbano. Las aproximaciones parecen requerir una idea clara de la práctica profesional, pero también señalan los parámetros de análisis que preceden o anticipan formas de intervención conocidas. Los textos de Emanuele Giorgi y Tiziano Cattaneo, titulado “*Design for vulnerables: el papel del arquitecto en comunidades vulnerables bajo perspectivas disciplinares*”, y el de Rubén Garnica, encabezado como “Estructuras mínimas habitables para ocupantes invisibilizados y su transformación para generar comunidad en contextos de crisis”, se ubican en un ámbito que ha sido recientemente visitado —y, sobre todo, asistido— por los técnicos; queda muy claro que situaciones problemáticas, a través del tiempo, van creando nichos no sólo para la conformación de un saber experto, sino también para incorporar temas de proyecto y programa a la disciplina. En el trabajo de Alejandro Soto y Héctor Rivero, titulado “Procesos emergentes de transformación del centro histórico de Hidalgo del Parral”, el enfoque reside en intentar explicar qué criterios han regido una variedad de intervenciones en una antigua población minera; con el concepto *homologación difusa*, y justificado por la conservación de edificios, se descubren propósitos de mercantilización e identidad gubernamental. Leticia Peña y Luis Herrera, en su trabajo “La vivienda como espacio de refugio durante la pandemia por Covid 19”, abordan un escenario muy familiar para los tiempos que corren, para explicar cómo la vivienda se ha empezado de usar flexiblemente; un objetivo aún es la consabida aspiración a informar un nicho muy definido de la práctica profesional. En “Transformaciones y encrucijadas en la habitabilidad y

gentrificación en el barrio de la Ermita de Santa Isabel”, de Alma Rosa Acuña y Carmen García, se halla un enfoque parecido para explicar los factores que, en tiempos recientes, están provocando cambios lentos, pero marcados entre los ocupantes de casas de un barrio tradicional. Ambos trabajos sugieren el lento, pero perdurable impacto, que el turismo ejerce sobre las ciudades.

El lector hallará una serie de miradas a la investigación en la arquitectura que van desde el individualismo metodológico hasta el método consagrado, formas de hacer investigación en la arquitectura en el marco de cambio drástico e incertidumbre. No se trata de un manual de metodología, ni de una revisión de las maneras en que la práctica profesional ha engendrado sus propias formas de indagación. Más bien, los coordinadores —a través del concepto “contextos de emergencia”— sugieren que, entre las rutinas de la normalidad y los instantes de excepción, se abren ámbitos de posibilidad que permiten cuestionar qué se entiende por investigación y cuáles son sus finalidades, y esto para un campo ocupacional, profesional y disciplinario que hoy es sumamente heterogéneo. El concepto de “emergencia” indica la existencia de un ámbito en disputa: el posicionamiento frente a lo previsible y lo imprevisible que engendra objetos de investigación. La doble acepción del término “emergencia” da cuenta de dos tradiciones intelectuales que se hallan en la base de la indagación del cambio. Mientras, por un lado, la dignidad humana urge a combatir o aliviar el daño, aunque no se tenga una idea clara de los fenómenos, por el otro lado, la alteración drástica de la normalidad constituye la oportunidad de descubrir el funcionamiento del mundo e inventar nuevas formas de hacer y de vivir.

Referencias

- AL-DAHASH, H.; THAYAPARAN, M., Y KULATUNGA, U. (2016). Understanding the Terminologies: Disaster, Crisis and Emergency, en *Proceedings Association of Researchers in Construction Management, 5-7th September* Manchester: Association of Researchers in Construction Management: 1191-1200.
- BEDAU, M. (1997). Weak Emergence, en Tomberlin, J. (ed.), *Philosophical Perspectives: Mind, Causation and World*. Malden: Blackwell: 375-399.
- BORDELOIS, I. (2017). *Etimología de las pasiones*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- BRUTER, C. P. (1978). The Theory of Catastrophes: Some Epistemological Aspects, en *Synthese*, 39 (2): 293-315.
- COMAROFF, J., Y KER-SHING, O. (2013). *Horror in Architecture*. San Francisco: Oro Editions.

- DE LANDA, M. (2000). *A Thousand Years of Nonlinear History*. New York: Swerve Editions.
- DE WOLF, T., Y HOLVOET, T. (2005). Emergence versus Self-organization: Different Concepts But Promising When Combined, en Brueckner, G.; di Marzo Serugenco, A., Karageorgos, A., y Nagpal, R. (eds.), *Engineering Self-Organising Systems, ESOA, S. A.* Heidelberg: Springer: 1-15.
- DÍAZ, F. (2011). Miedo a la arquitectura, en *Arq (Santiago)*, 77: 13-14.
- ELEB, M. (2018). Dispositifs, mots, images. Des recherches sur l'habitat et les modes de vie, en Cohen, J. L. (dir.), *L'Architecture, entre pratique et connaissance scientifique*. Paris: Centre de Monuments Nationaux: 68-83.
- GOUX-BAUDIMENT, F.; HEURGON, E., Y LANDRIEU, J. (2001). *Expertise, débat public: vers une intelligence collective*. Paris: Editions de l'Aube.
- HERSCHER, A. (2017). *Displacements. Architecture and Refugee*. Berlin: Sternberg Press.
- HERSCHER, A. (2021). *The Global Shelter Imaginary (Conferencia magistral)*, en <http://econferencias.uacj.mx/ocs/public/conferences/35/ciace2021ConferenciaII.html>
- LADDAGA, R. (2006). *Estética de la emergencia. La formación de otra cultura de las artes*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- LENGEREAU, E. (2018). Aux origins de la recherche architecturale en France, en Cohen, J. L. (dir.), *L'Architecture, entre pratique et connaissance scientifique*. Paris: Centre de Monuments Nationaux: 20-29.
- MEINER, C., Y VEEL, K. (2012). Introduction, en Meiner, C. y Veel, K. (eds.), *The Cultural Analysis of Disaster*. Berlin: De Gruyter: 1-14.
- PICON, A. (2018). La recherche par le projet, au-delà et au coeur de l'architecture? en Cohen, J. L. (dir.), *L'Architecture, entre pratique et connaissance scientifique*. Paris: Centre de Monuments Nationaux: 146-167.
- SOROKIN, P. (2017). *Man and Society in Calamity*. New York: Routledge.
- VIRILIO, P. (2009). *El accidente original*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- WEINSTOCK, M. (2010). *The Architecture of Emergence*. London: John Wiley and Sons Ltd.



PRIMERA PARTE

Experiencias situadas: (de)colonizar el régimen de visualidad urbano-arquitectónico en la ciudad fronteriza

Martha Mónica Curiel García y Salvador Salazar Gutiérrez

Resumen

El texto plantea un hilo reflexivo en torno a las maneras en que, bajo el cobijo de un tipo de racionalidad que podríamos denominar hegemónica, los saberes anclados y transmitidos por diversas experiencias no propias que instituyó dicha racionalidad, entran a la escena en particular para buscar con ello repensar el papel de la práctica arquitectónica. Consideramos que dicha disciplina no es ajena a un proceso histórico que institucionalizó, ante una matriz de conocimiento propio de la tradición moderna eurocéntrica, ciertas particularidades que se posicionaron como saberes universales, resituando un sesgo epistémico y metodológico que aquí hemos denominado como régimen de visualidad moderno-letrado. Experiencias situadas, en plural, hacen referencia a la apertura frente a otras maneras de sentir y pensar el espacio habitable, partiendo de que no es posible comprender el sentido y la función de una práctica arquitectónica, si la abstraemos de la red de relaciones sociales, comunitarias, afectivas y simbólicas que la hacen posible. Así pues, la mirada y el saber contextualizado forman parte de una invitación que el pensamiento decolonial ha plasmado a partir de afirmar que no existe una práctica, en este caso arquitectónica, que tenga sentido en sí misma, independientemente de la posición o función que guarde en una red de relaciones que se producen en torno a la experiencia situada.

Palabras claves: experiencia situada, decolonialidad, régimen de visualidad.

Introducción

¿Es posible develar y desanclar la visión moderna, entronizada en torno a su régimen de visualidad auspiciada en la esfera de la racionalidad académica y el claustro de los programas formales de la formación arquitectónica y urbanística? Martha Cecilia Herrera y Martín Olaya exponen:

Imágenes y viajeros habitan la ciudad en un orden diferente al de los urbanistas y arquitectos que operan como agentes del *status quo*, dotando de nuevas retóricas a la espacialidad y a la visualidad. El caminante bulle de manera oblicua y sinuosa, trastocando el sentido de lo establecido (Herrera y Olaya, 2011: 101).

Con esta cita como punto de partida, invitamos a la reflexión en el marco de la investigación arquitectónica en contextos emergentes respecto de la relación entre la espacialidad y las experiencias sociales, y a evidenciar el papel preponderante de la visualidad en los procesos de construcción de conocimiento y experiencias situadas ante una emergencia que caracteriza un mundo colapsado no sólo por las diversas expresiones de crisis económico, políticas y sociales, sino en franca fractura ante un régimen selectivo (Rancière, 2011) que enmarcaba los criterios de veracidad y aseveración que invisibilizan otros mundos o lógicas de construir experiencias en aquellos lugares alejados de la visualidad territorial hegemónica.

Sin duda alguna que éste no es un ejercicio único o inédito. Reconocemos que a esta reflexión le anteceden importantes aportes desde la tradición feminista en la arquitectura —destacando figuras como Susana Torre o Zaida Muxi— en la que se ha retomado la categoría de conocimiento situado (Haraway, 1991) frente al gobierno de la racionalidad universal que cimentó las bases del pensamiento moderno y heteronormativo bajo los preceptos de la universalidad ontológica. En este sentido, hablar de experiencias situadas coloca el énfasis en lo concreto, donde se da la trayectoria microsubjetiva que, en relación con el proceso de visualidad, nos permite dar cuenta como ésta no es neutra, única, sino heterogénea y en tensión constante.

Asimismo, la arquitecta Beatriz Colomina ha planteado la importancia del proceso de mirar en la reflexión arquitectónica, al sostener:

... la arquitectura es un juego de representaciones, en el cual quedamos atrapados entre imágenes; lo es antes de construirse, lo es una vez ejecutada, retrato futuro de lo que está por venir, ensueño o deseo de un arquitecto (Colomina, 2010: 27).

Asumiendo que el proceso visual adquiere notabilidad fundamental, consideramos relevante la reflexión frente a la tradición moderna eurocéntrica que ha colonizado el acto de mirar al principio de la individualidad ontológica trascendental-kantiana; para dar paso a repensar la experiencia visual de forma situada y colectiva.

Hace algunos años, en una visita a Tijuana —en la zona centro a un costado del puente internacional que conecta con la población de San Isidro, California—, a lo largo del muro de metal que divide la franja fronteriza, con aerosol se encontraba escrito: “Si la voz te callan, raya la muralla”. Posiblemente invisible para un sinnúmero de quienes transitan por ese lugar (ya sea con la intención de cruzar al territorio del otro país, o de quienes van y vienen en un andar apresurado ante mil preocupaciones que deben resolver en su diario vivir), mirar aquella manifestación propició una irrupción al horizonte de visualidad y nos trasladó a la experiencia de lo observable.

Rayar la muralla, intervenir el elemento destinado a cerrar, cooptar, detener, separar, constituye un acto que se enmarca en disidir la práctica del espacio no como mera expresión de una irreverencia a la estética paisajista que, bajo su manto clasista, suele colocar el estigma de expresión vandálica, sino como un marcar y con ello visibilizar la condición de un estar ahí, de una búsqueda de hacer visible la condición negada, la voz que es callada y, con ello, dar cuenta de contextos de emergencia que, como mencionamos, se revelan ante la visualidad territorial hegemónica que ha ocultado o invisibilizado otros mundos o lógicas de construir experiencias.

Esto nos pone frente a la pregunta ¿qué entender por emergencia? Proveniente del latín *emergentia*, remite a lo que emerge, que sale o se muestra, es decir, aquello que irrumpe al estar sumergido. En este sentido, pensar en contextos emergentes nos lleva a colocar la reflexión en torno a situaciones, actores o espacialidades que, por su propia condición —o principalmente por la intención segmentaria y selectiva—, han permanecido en lo oculto, en lo indecible, o no visible. El paisaje en crisis frente al imaginario de normalidad se nos presenta como una inquietante exigencia ante las múltiples realidades contrastadas que se articulan en la esfera de lo cotidiano en el escenario fronterizo: violencias en sus diversas expresiones, la presencia creciente de comunidades migrantes en la búsqueda de oportunidades frente a los desplazamientos forzados que han experimentado en sus lugares de origen, hasta la obsolescencia de un paisaje urbano resultado del peso que la matriz socioeconómica tardocapitalista ha contribuido con su voracidad y selectividad.

Si bien el abanico de expresiones en torno a un paisaje de horror desborda cualquier intención de caracterizar lo que acontece en nuestras regiones fronterizas, en particular y como base del presente documento, estamos convencidos que es indispensable la acción de reflexionar, discutir, abordar las maneras en que se ha instaurado un régimen de lo visible que selecciona, separa, y principalmente niega, aquello que busca erosionar su posición hegemónica. Para ello, hemos planteado tres momentos en el texto. El primero, “Develando el régimen de visualidad” cuyo hilo conductor es la caracterización de la matriz eurocéntrica que ha establecido los criterios de valoración y validación en torno a lo observable y, por tanto, se han asumido como principios enmarcadores del acto de visualidad y, con ello, las condiciones en la adscripción y definición de saberes reconocibles. Segundo momento, “Más allá del regionalismo crítico”, reconocemos el punto de quiebre que significó el Regionalismo Crítico ante la supuesta separación de los fundamentos de universalidad y verificabilidad que el pensamiento científico instituyó en gran parte de los campos de conocimiento y sus esferas de aplicabilidad y que pudo considerarse como una transgresión a varios planteamientos que las corrientes ancladas en los preceptos de un funcionalismo racionalista invocaban como principios dominantes en el quehacer arquitectónico. No obstante, nuestro acercamiento no se queda ahí, sino que devela la aproximación de hibridez en la que se continuó con la reproducción de lógicas de regulación desde una racionalidad moderna. Por último, cerraremos con un tercer momento: “Decolonizar la mirada: experiencias situadas”. En este apartado, retomaremos el enfoque de las experiencias situadas desde una perspectiva decolonial, debido a que éste permite restituir la espesura conceptual en torno a comprender y colocar en el escenario de lo posible aquellas experiencias o prácticas que el modelo de régimen visual que la tradición moderna eurocéntrica se encargó de negar u ocultar bajo el manto de su fundamentación e instauración.

Develando el régimen de visualidad

Sin el afán de remitir de forma extensa a las diversas corrientes arquitectónicas-urbanísticas de finales del siglo XIX —lo cual claramente excede cualquier intención y posibilidad en el alcance de lo aquí expuesto—, nuestro interés reside en trasladar la intención reflexiva a nivel de cómo se configuraron en general, desde la ontología y episteme eurocéntrica, hasta la visión hegemónica que definió significativamente las maneras de observar y asumir la relación

sujeto-objeto. El peso que representó el imaginario en torno a la tecnificación y la maquinación de la vida, expresada en la frase “la casa debe ser el estuche de la vida, la máquina de la felicidad” del arquitecto suizo Le Corbusier, significó la máxima de un giro en torno a la producción arquitectónica, una racionalidad de nuevo orden basada en los criterios de estandarización, métrica, formalidad y funcionalidad,¹ lo que significó una reproducibilidad arquitectónica con pocos referentes culturales a un territorio específico, evidenciando una homogeneización y pérdida de identidades no sólo arquitectónica, sino también social y cultural (Farrés y Matarán, 2014).

Es innegable la trascendencia de este enfoque que ha ejercido una importante influencia en las escuelas de arquitectura y urbanismo en universidades latinoamericanas. Los fundamentos de su enfoque han dado como resultado otras maneras de concebir el espacio arquitectónico. Por otro lado, en *Genius Loci: Towards a Phenomenology of Architecture*, publicado en 1979, el arquitecto noruego Christian Norberg-Schutz criticó los principios de la arquitectura moderna a partir de una lectura fenomenológica en torno a la categoría de lugar, sus conceptos de espacio existencial² y de *genius loci* —proveniente de la mitología romana—, han contribuido a brindar un sentido clave y central en el acto de habitar. No obstante, ambas rutas, si bien dan cuenta de trayectorias en tensión sobre cómo han sido abordadas por diversas escuelas, enmarcan las maneras en que se ha legitimado y puesto en la escena hegemónica su articulación en relación a una tradición del saber eurocéntrico; asimismo, configuraron la valoración en torno a la experiencia sensible que aun con enfoques diferenciados adquirieron un rumbo común a partir de lo que hemos denominado “régimen de visualidad”. El eje articular centra nuestra atención con respecto al término “experiencia” (del latín *experientia*: prueba, ensayo) y proveniente del verbo *experiri* (experimentar, probar). Éste ha constituido uno de los ejes de anclaje centrales en la definición de perspectivas que, principalmente a partir

-
- 1 Aspectos que encontraron su entronización a partir de lo que significó el CIAM, principalmente en la primera mitad del siglo XX. Resultado de estos encuentros, en 1934 se publicó la Carta de Atenas, base que establece los principios rectores que la visión de la llamada arquitectura moderna impuso y así se propició una redefinición en la relación espacio construido y ciudad.
 - 2 La obra arquitectónica como *espacio existencial*, se entiende por Norberg-Schultz como “el espacio en el que el ser humano tiende a identificarse con el espacio que habita”. Acompañada del término *Genius-Loci*, o espíritu de lugar, se entiende la interrelación de los elementos físicos territoriales, con los emocionales. En este sentido la arquitectura y la obra urbana son entonces respuestas a condiciones contextuales, ambientales e históricas, definiéndose entonces los elementos del lugar (García-García, 2019).

del siglo XIX, fueron la base de la fundamentación de enfoques relacionados con la instauración de perspectivas epistémicas eurocéntricas.

Sin el afán de complejizar en una ruta densa que transite en la discusión de enfoques, y particularmente dar cabida a la relación que el sentido de experiencia adquiere en el andar que diversas visiones anclaron en torno al ideal arquitectónico, nos enfocamos en aquellos aspectos que entraron en tensión, principalmente alrededor del siglo XX.

En particular, nos referimos, por un lado, a la tradición científico-positivista que, a lo largo del siglo XX, ha entronizado su mirada a partir de principios como medición, exactitud, formalidad y universalidad, y, por otro, al desarrollo de la tradición fenomenológica de Husserl, asociada principalmente al ámbito arquitectónico en la presencia de su discípulo Heidegger, y, de manera específica, a la fundamentación del principio de conciencia en sí e intencionalidad, ambas con fuerte influencia sobre las maneras de concebir el espacio arquitectónico-urbano al contribuir con andamiajes importantes a la conformación de saberes, aun cuando, sin lugar a dudas, forman parte de tradiciones ancladas en territorialidades epistémicas que han instaurado procesos de colonización ante otros saberes.

La fundamentación de la tradición científicista tiene una larga trayectoria, desde la *tabula rasa* de Locke —quien sostenía que todo individuo nace con la mente en blanco por lo cual el conocimiento es resultado exclusivamente del aprendizaje en relación a experiencias y percepciones— hasta los principios del obstáculo epistemológico de Gastón Bachelard —para quien uno de los principales elementos que limitan el conocimiento es el sentido común que habría que superar—; si bien la tradición empirista encontró en la Escuela de Viena su culmen, como tradición dominante a principios del siglo XX, es con el giro que otorgó el llamado racionalismo crítico del filósofo austriaco Karl Popper, que los fundamentos actuales de la tradición positivista han encontrado su principal andamiaje. Edgar Morin (1990) define las siguientes características como aspectos centrales de dicha perspectiva: medición, validación, verificación, linealidad y formalidad (geométrico), mecánica newtoniana, y lógica arbolea. Basada en general en un principio jerárquico, el saber es resultado de la superación, a partir de considerar que cualquier proceso que parezca comportarse de otro modo no lo hace, en realidad —desde una postura crítica, esto sólo da cuenta de la ignorancia acerca de cómo funciona realmente el proceso— y, sumado a ello, de la firme convicción de que, al contar con instrumentos de medición más perfeccionados,

llegaremos al verdadero conocimiento de una realidad. En otras palabras, el supuesto fundamental de las ciencias positivistas es la creencia implícita de que la existencia de una realidad es independiente de la mente, y que, bajo criterios formales unificados de medición y validación, lograremos superar una serie de premisas específicas y concretas. No obstante, Helena Chávez MacGregor (2018) advierte que la racionalidad moderna es inconveniente pues reduce nuestro ser al cálculo eficientista bajo el mando de los principios de medida, formalidad y cálculo.

Ahora bien, este predominio —que no solamente se da en el ámbito de la vida académica científica europea sino también en el hemisferio norte de otras regiones— basado en los criterios de la simplicidad científica, como bien señala Morín (1990), tuvo su contraparte, el surgimiento de la fenomenología, en un primer momento con el filósofo Edmund Husserl,³ y, posteriormente, por quien fuera uno de sus alumnos más destacados, Martin Heidegger. Rojo Salazar (2021) afirma que la fenomenología ha permitido un modo de acceso a la subjetividad, respecto del énfasis cuantificante de las ciencias positivistas. A partir de su texto *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*, Husserl coincide con René Descartes al sostener que la única cosa de cuya existencia el ser humano no tiene alguna duda es la propia conciencia individual, el cual constituye el punto de partida del que tiene que arrancar todo intento para construir nuestra percepción y entendimiento de la realidad. Sin embargo, separándose del padre del racionalismo moderno, coincide con David Hume,⁴ al afirmar que si uno mira un objeto —por ejemplo, una mesa—, se tiene la conciencia del objeto, no de estar mirándolo. Así pues, el punto clave es la conciencia, no como elemento aislado o separado de

3 Edmund Husserl nació en 1859, en Prostejov, en el Imperio Austrohúngaro y actualmente en la República Checa, y falleció en 1938, en Friburgo, Alemania. Proveniente de una acomodada familia judía, estudió física, matemáticas, astronomía y filosofía en las universidades de Leipzig, Berlín y Viena. En 1916, Husserl ocupó la cátedra de Rickert en la Universidad de Friburgo, donde conoció a Martín Heidegger, uno de sus estudiantes destacados. Considerado como uno de los filósofos más destacados de aquel momento, por su origen judío enfrentó la exclusión de todo ámbito universitario con el apogeo del nacionalsocialismo en Alemania, resultado en la severa afectación a su salud y muerte en abril de 1938.

4 Filósofo británico, considerado uno de los grandes referentes del empirismo inglés en el siglo XVIII. Comparte con Locke la premisa empirista que afirma que el origen y el valor de todo conocimiento depende de la experiencia que se tiene de la realidad circundante. Al mismo tiempo, sostiene que dicha premisa tiene que emplearse con absoluto rigor y coherencia, al concluir que es imposible saber con absoluta certeza si existe un mundo material independiente de nosotros. De este modo, los juicios se deben basar en meras probabilidades o hipótesis, y no en certezas.

la realidad, sino como referencia para dar cuenta que como señalaba el empirismo positivista, todo intento por demostrar la existencia independiente de los objetos con respecto a la conciencia estaba condenada al fracaso. En una relectura crítica al trascendentalismo kantiano,⁵ Husserl hace una original sugerencia para ese momento, de no quedarse atascados en el problema imposible de resolver acerca de la existencia independiente de los objetos con respecto a la conciencia, ya que éstos existen como objetos conscientes para nosotros. Esto explica su concepto de “evidencia primera”, al sostener que el sujeto es indivisible, su intelecto y percepción son inseparables, y por ello percibir algo es ubicar aquello que aparece ante la conciencia como tal. A partir del ejercicio de la *epoché*, el conocimiento surge como un colocarse en paréntesis, una suspensión de la creencia de aquello observado como una realidad natural (Mendoza Canales, 2018). La superación de la actitud natural, más allá del sentido común, ha sido uno de los aspectos relevantes de la perspectiva fenomenológica en torno a la generación del conocimiento. Esta primera aproximación es importante, aunque no podemos perder de vista cómo Martín Heidegger plantea, en *Ser y tiempo*, una lectura crítica a los propios planteamientos de su Husserl.

Heidegger destacó una mirada ontológica a la comprensión en torno de la experiencia y el ser, pero planteó una línea de separación a su antecesor (considerado como padre de la fenomenología). Heidegger apunta que efectivamente la deuda a la fenomenología trascendental husseriana permanece arraigada en la hermenéutica moderna, “en tanto ha interpretado de antemano a la subjetividad como conciencia pensante, como flujo, como experiencia escindida entre un polo objetual y un yo” (Rojo Salazar, 2021: 6); uno de cuyos problemas es empero que esta visión trascendental en torno a la conciencia pierde de vista que ésta no puede generarse de manera ahistórica. Contextualizada, la experiencia debe estar anclada en una conciencia que remita al ser en un espacio y tiempo, que constituyen coordenadas que perfilan el ser-ahí, *Dasein*, como

5 Es conocida la máxima Kantiana de sin sensibilidad ningún objeto nos sería dado, y sin entendimiento, ninguno sería pensado. Los pensamientos sin contenido son vacíos, así como las intuiciones sin conceptos son ciegas. Por ello, es necesario hacer sensibles los conceptos, como inteligibles las intuiciones (Fernández Ligaña, 2008). Efectivamente fue Immanuel Kant, a quien debemos la distinción entre *fenómeno* (lo que aparece), el objeto del conocimiento objetivo y empírico, del *noumeno*, lo que no puede ser reconocido ni por la intuición sensible ni intelectual. Distinción que permitió dar un giro, a una filosofía hasta ese momento fundamentada en el principio de la inmanencia. Para Kant, el conocimiento se limita a fenómenos, por lo que no puede existir a partir de la “cosa en sí”, ajena a la capacidad intelectual por el sujeto.

realidad eminente. Esto significa, a diferencia del enfoque trascendental husseriano, que la experiencia solo puede darse en un estar-en-el-mundo, en un vivir inmerso en su significatividad: “No hay nada decidido de antemano salvo la finitud de esta única oportunidad mía en cuanto existente, pues, aunque caminando hacia la muerte, estoy entretanto a cargo de mí sin ningún auxilio externo” (Cordua, 2019: 143).

Ante esto, ¿qué se puede ver y qué no, en una época y contexto específico?, ¿cómo se ha configurado el régimen de visualidad o lo que el historiador cultural Martin Jay (2003) ha denominado régimen escópico? En este sentido, reflexionar sobre qué es un modo de ver, qué implica, cómo se constituye, qué límites tiene y cuál es su relación con lo social, es clave en los modos en que se ha regulado la configuración de la mirada, que marca límites hacia dentro, habilita qué es posible ver y, al mismo tiempo, esconde o niega bajo el manto de lo verosímil.⁶

El campo de lo visible implica que una imagen pueda emerger o adquirir relevancia en una sociedad específica. Volverse visible va más allá del proceso de apertura ocular perceptiva. Lo visible entra en aquello que el régimen escópico propicia al ser mostrado. En palabras de María Ledesma, se exige un ejercicio fuerte de apertura de horizonte, para develar “cómo un régimen escópico configura un modo de ver, que estabiliza objetos, y que se relaciona con las prácticas y valores de ciertos grupos específicos” (Ledesma, 2005).

Es ineludible rescatar, bajo esta perspectiva, aproximaciones desde el campo arquitectónico que, reconociendo los efectos de la desterritorialización (producida bajo el manto de la universalidad), y que, a mediados del siglo xx, apostaron por reconocer la importancia del contexto histórico, cultural y físico —pero que no discuten la jerarquía epistémica del pensamiento de la modernidad—, propiciando con ello una continuidad en las concepciones estético-espaciales. Aun así, algunas cuestiones rescatables nos permiten avanzar en nuestra reflexión.

6 María Ledesma, doctora en Diseño y profesora de semiótica en la Facultad de Diseño y Arquitectura de la Universidad de Buenos Aires, amplía la definición de régimen escópico afirmando que cada época considera verosímil respecto de lo visible, conformando un modo de ver determinado. Lo verosímil para esta autora, habilitaría qué imágenes pueden ser reconocidas como verdaderas en una sociedad específica. Hablamos de la normalización de un modo de mirar, y de objetos a mirar en una cultura. Una mirada normalizada que implica habilitar ciertas imágenes, y ocultar otras, estableciendo con ello lo que es y no es visible.

Más allá del regionalismo crítico

El regionalismo crítico constituye una alternativa gestada en la segunda mitad del siglo xx, bajo el supuesto de la separación tajante frente a los fundamentos de universalidad y verificabilidad que el pensamiento científico instituyó en gran parte de los campos de conocimiento y sus esferas de aplicabilidad. Surge en los postulados de los arquitectos Alexander Tzonis, de origen griego, junto a la canadiense Liane Lefaivre, así como del inglés Kenneth Frampton, quienes vinieron a transgredir varios planteamientos que las corrientes ancladas en los preceptos de un funcionalismo racionalista, invocaban como principios dominantes en el quehacer arquitectónico.

En general, coinciden en que una de las crisis severas, por las que pasaba el campo de la arquitectura durante las dos últimas décadas del siglo pasado, era de corte metodológico, al estar atrincherada en preceptos que no daban cuenta de las complejas manifestaciones que implicaban el cambio de la vida social, económica y cultural, a finales del siglo. Como señala Alexander Tzonis (1977) en la introducción de su libro *Hacia un entorno no opresivo*, la tradición arquitectónica plasmada en diversos escenarios formativos se habría desvinculado del principio fundamental de la crítica en la producción de conocimiento:

Gradualmente fui descubriendo cuánto la visión de la historia, ha ido obstruyendo nuestro entendimiento profundo del impacto ejercido por los productos del diseño sobre las relaciones humanas. Me di cuenta de la falta de crítica con que habíamos aceptado una definición sin fundamento de las necesidades humanas en nuestros programas arquitectónicos y, en consecuencia, cuan inválidos y pocos científicos eran los modelos que habíamos estado utilizando en nombre de la ciencia, modelos tomados sin crítica alguna del campo de la ingeniería. Del mismo modo que la mecánica registra las propiedades de los materiales mediante la observación de su comportamiento bajo ciertas condiciones, los programadores estudiaban el comportamiento de los usuarios del ambiente construido con el fin de determinar la calidad del producto de diseño, confundiendo de este modo la descripción de las acciones humanas con su explicación (Tzonis, 1977: 3).

Efectivamente, la observación que coloca el arquitecto griego, no exclusiva del ámbito de la arquitectura, muestra una de las problemáticas en el ejercicio de la producción y aplicación del conocimiento: la falta de crítica en tanto acto de colocar la duda frente a aquellos principios que gobiernan una práctica específica. Sin embargo, y remitiéndonos a lo que planteamos en el apartado

anterior, en esta postura crítica aún persiste el criterio de todo aquello que pertenezca al ámbito de lo objetivo y fundamentado —recordemos que es un aspecto fundacional de la tradición científica del pensamiento moderno eurocéntrico—; empero coincidimos con la observación de la problemática que implica reducir el quehacer arquitectónico a una cuestión metodológica, procedimental, no obstante minimizarla limitaría las posibilidades de ampliar el horizonte de lo que implica una crítica en otro sentido.

Ahora bien, entendamos que aquí la finalidad no es profundizar en cómo evolucionó dicha corriente arquitectónica en la segunda mitad del siglo xx, ya que esto exige una mayor discusión. Lo que queremos plantear como eje de discusión, principalmente a partir de la obra académica de Kenneth Frampton, es esta visión que, en términos generales, se asume como una arquitectura “en resistencia”, pero que a su vez suele folclorizar algunas de las obras a partir de la visión de un regionalismo enclaustrado en aquellos elementos identitarios de la región donde se encuentra la obra. Para ello, valdría la pena revisar brevemente y, en lo general, *Hacia un regionalismo crítico; seis puntos para una arquitectura de resistencia* del historiador británico, seis puntos que exponen lo que constituye la matriz de dicha perspectiva arquitectónica.

El primero de ellos tiene por subtítulo *Cultura y civilización*, en el que sostiene que el desarrollo tecnológico, resultado de una racionalidad basada en el imaginario de lo uniforme, ha resultado en que “la práctica de la arquitectura parece estar cada vez más polarizada entre un enfoque de la *alta tecnología* basado en la producción y, por otro lado, la provisión de una *fachada compensatoria* para cubrir las ásperas realidades de este sistema universal” (Frampton, 1983: 1). Así, observamos grandes urbanizaciones en las que el común denominador aparece como una ruta de uniformidad que produce una especie de enmascaramiento superficial de los elementos constructivos, estableciendo como fin último la idealización del “edificio alto autosuficiente” como la expresión más cruda de un paradigma hegemónico que privilegia la relación medios-fines. En segundo lugar, bajo el subtítulo de *Auge y caída de la vanguardia*, aborda la expresión de doble recorrido propio de la tradición moderna a inicios del siglo xx. Por un lado, tenemos una búsqueda de ruptura y una crítica desbordante —las vanguardias— a los principios que regulaban los criterios de producción arquitectónica propios de la modernidad decimonónica; por otro lado, al transcurrir los años, dicha expresión crítica se entronizó como criterio de universalización, resultando en que la técnica llegara a ser la forma universal de la producción material, y, por tanto, se circunscribe toda una cultura y se

proyecta una totalidad histórica: un mundo (Marcuse, 2014: 47). En este sentido, si bien un nuevo modelo de racionalidad basada en la estética kantiana, de corte cartesiano, doblegó tradiciones en relación a parámetros de sensibilidad que en el siglo XIX caracterizaron a las escuelas neoclásica y romántica, con el paso de los años, el juicio estético de Kant vino a posicionarse como autoridad máxima en relación a los criterios que privilegiaban la sensibilidad durante la primera mitad del siglo XX. Por tanto, señala Frampton, las irrupciones de las vanguardias buscaron la ruptura frente al camino que la tradición positivista, propia de un cientificismo académico que comenzaba a cooptar el gobierno en las escuelas de enseñanza, evidenciado, sobre todo, en el peso que aglutinaba una burguesía acaparadora del capital, y, con ello, se definían los puntos de vista en las maneras de edificar:

La emergencia de la vanguardia es inseparable de la modernización de la sociedad y la arquitectura. Durante el último siglo y medio, la cultura de vanguardia ha asumido diferentes papeles, unas veces facilitando el proceso de modernización y actuando como una forma progresista y liberadora, a veces oponiéndose virulentamente al positivismo de la cultura burguesa. En general, la arquitectura de la vanguardia ha jugado un papel positivo con respecto a la trayectoria progresista de la Ilustración (Frampton, 1983: 2).

Vale la pena destacar la última referencia que el autor hace con relación a la “trayectoria progresista”, entendiendo que el “progreso” fue un término acuñado en relación a la consolidación de los Estados-nación de finales del siglo XIX y XX enraizado en la idea del “mejoramiento de las condiciones materiales de existencia de la humanidad” (Nisbet, 1998). Y esto, sin duda, contribuyó a la aceptación de la contraposición civilización-barbarie, privilegiada por la mirada academicista.

En el tercer eje, *El regionalismo crítico y la cultura del mundo*, Frampton argumenta que la arquitectura, en tanto que una práctica crítica, “si adopta una posición de retaguardia, si se distancia del mito del progreso de la Ilustración y del impulso reaccionario a regresar a las formas arquitectónicas del pasado preindustrial” (Frampton, 1983: 3), estará destinada a un historicismo nostálgico y lo “volublemente decorativo”, y retomando el término de “regionalismo crítico” de Alez Tzonis y Liliane Lefavre —que aparece como referente en la búsqueda de “reconciliar el impacto de la civilización universal—, con los elementos derivados indirectamente de las peculiaridades de un lugar concreto

(Frampton, 1983: 4), pero a partir de deconstruir esa “cultura mundial” que inevitablemente hereda.⁷ Al no abandonar lo universal, el regionalismo crítico refuerza la lógica eurocéntrica y más bien denota una intención de afianzar desde los aspectos concretos del territorio, aquellos elementos asociados a una identidad propia que en la entronización de lo civilizatorio han sido desplazados o desatendidos por el marcado desinterés de pensar desde las nociones espaciales, constructivas, estéticas o simbólicas de las poblaciones originarias.

Esto lleva al cuarto punto que el pensador británico, en un ejercicio de desplazar la escala de visión de lo arquitectónico a lo urbano, da cuenta en relación con el imaginario dominante en el campo de la arquitectura respecto de la idea de la megalópolis y el modelo de ciudad edificado en gran parte del siglo xx. Recuperando el sentido de lugar del filósofo existencialista Martin Heidegger,⁸ coloca una revisión crítica a la perspectiva abstracta en torno al espacio que predominó en gran parte de los modelos de planificación urbana de las principales ciudades, por ejemplo, de América Latina. Aquí cobra relevancia el límite, no como formalidad normativa-administrativa, sino como condición de habitar. Al respecto, Frampton cuestiona:

Nada podría estar más alejado de la esencia política de la ciudad-Estado que las racionalizaciones de los planificadores urbanos positivistas, y sus conceptos básicos de comunidad sin proximidad y de ámbito urbano no localizado, los cuales son eslóganes ideados para racionalizar la ausencia de todo ámbito público (Frampton, 1983: 4).

Al retomar a Hannah Arendt y su visión en torno a la *polis* griega, el sentido de convivencia adquiere relevancia más allá de la racionalidad propia de la planificación instrumental.

Por último, dos puntos cierran el texto. Por un lado, bajo el título *Cultura contra naturaleza*, Frampton destaca una visión en la cual el ambiente natural cobra relevancia sustancial en la arquitectura. Ante una crítica a los modelos de intervención homogénea en el territorio, la topografía, así como elementos como el clima y la luz, asociados a la forma tectónica y las implicaciones del relieve, constituyen andamiajes fundamentales en la búsqueda de imperar lo

7 En su texto trata de ejemplificar esta contradicción, a partir del ejemplo de la Iglesia Bagsvaerd del arquitecto Jorn Utzon y su énfasis de una arquitectura orgánica, construida en 1976 en Copenhague.

8 Heidegger argumenta que la esencia fenomenológica del lugar (*raum*) depende de la naturaleza concreta y claramente definida de los límites, pues “un límite no es eso en lo que algo se detiene, como reconocían los griegos, sino que es aquello a partir de lo cual algo inicia su presencia” (Norberg-Schulz, 2008).

orgánico por encima de lo funcional. Y, en otro sentido, el texto concluye con un apartado de “lo visual contra lo táctil” que, en palabras del autor “el regionalismo crítico trata de complementar nuestra experiencia visual normativa, reorientando la gama táctil de las percepciones humanas” (Frampton, 1983: 7). Aquí encontramos en particular un vínculo importante con el planteamiento a lo largo del capítulo, ya que al hablar de régimen de visualidad buscamos señalar la racionalidad logocentrista que, en su proyecto colonizador, ha encaminado, en varios momentos de forma violenta, los horizontes de experiencia, así como las trayectorias de proximidad de los pueblos vistos como inferiores o ajenos al modelo civilizatorio imperante. Sin embargo, consideramos importante volver al título de este apartado, “Más allá del regionalismo crítico”, y valdría la pena detenernos en qué sostenemos como un “más allá”, y no una separación o negación a perspectivas como la tradición del regionalismo crítico. En primer lugar, habría que enfatizar que incluso este tipo de enfoque, con todo y su crítica a varios de los principios que caracterizaron a la escuela del racionalismo moderno —como mencionamos en relación a los criterios de universalidad y funcionalidad—, en los postulados de sus principales representantes sigue estando presente una idealización de lo moderno como momento aspiracional y de valoración en torno al diseño arquitectónico. En el carácter de hibridez que propone esta aproximación podemos percibir esta visión histórico lineal eurocéntrica que niega la dominación y arraiga la hegemonía sociocultural derivada del pensamiento moderno. Como veremos más adelante, éste es un punto clave para comprender el centro de nuestro argumento. La idealización de lo moderno, y, en particular, de sus esquemas civilizatorios, bajo la figura retórica del progreso, esconden todo un andamiaje de instauración de una colonialidad y, por tanto, un ocultamiento o negación de otras maneras de ver, de otros saberes, y formas de vivir y habitar los territorios. Y si bien hemos considerado que estos planteamientos permitieron abrir el horizonte, no podemos perder de vista que, incluso en la perspectiva existencialista europea —como la experiencia en el lugar de Heidegger— aún persiste la entronización de la idea del hombre occidental moderno-letrado como figura de autoridad en la que gira el sentido del aquí y el ahora.

Un segundo aspecto es que cuando se observa el trabajo de diversos arquitectos ligados a la perspectiva del regionalismo crítico, podríamos considerar en específico la obra del jalisciense Luis Barragán,⁹ en la cual podemos percibir

⁹ Quizá algunos no compartan esta visión crítica frente a Barragán, pero su biografía no nos dejara negar la gran influencia que ejerció la cultura y arquitectura moderna en su obra y que incluso ha

una reducción del sentido de lo regional a un folclorismo o estetización de “lo local”, así como a un sentido de lo orgánico, llevando la arquitectura a una reoccidentalización.

Ahora bien, como vemos a continuación, el giro decolonial llama a la restitución de otros saberes, tradicionalmente negados frente al conocimiento propio de la lectura logocéntrica moderna, lo que trae consigo no negar los conocimientos situados en los territorios concretos por parte de las diversas comunidades que han sobrevivido en sus diversas prácticas de habitar el territorio. Sin embargo, qué sucede cuando el sentido de lo orgánico, de aquello ligado a un ecosistema específico, es el criterio único que privilegia cierto modelo de intervención, perdiendo de vista las contradicciones o dinámicas económicas, sociales o de género que se articulan alrededor de éste. Esto implica comprender un sistema sociocultural complejo en el cual lo orgánico está asociado a un tejido de relaciones que desbordan aquellos aspectos de visualidad, propios del saber experto arquitectónico.

Para ubicar con mayor detalle lo que aquí decimos, exponemos aquellos aspectos que cobran relevancia para nuestra intención en relación con el debate del llamado “giro decolonial”. Con una presencia importante en la actualidad en el ámbito del pensamiento comunitario latinoamericano, comienza a favorecer ciertas discusiones en los espacios de reflexión propios del quehacer arquitectónico que no se limitan a los formalmente establecidos por la academia. Por ello llama la atención algunas de sus apuestas epistémicas, y, con ello, trasladadas al sentido de la praxis en la intervención común de los territorios específicos donde se produce una experiencia compartida desde diversas maneras de vivir el espacio.

Decolonizar la mirada: experiencias situadas

Sin hacer a un lado la importancia que ha significado, en lo general, la instauración de saberes provenientes de la matriz cultural eurocéntrica, lo que denominamos el “encantamiento de lo observable”, así como aquello que favoreció en particular escuelas como el regionalismo crítico, asumimos el reto, reiterando el sentido original del término “emergencia”, de un giro radical a los postulados

sido reconocido como “un genio que modernizó la arquitectura mexicana”. Claro que con esta puntualización no desestimamos sus aportaciones, y justamente por ellas es un referente importante en la constitución de un régimen de visualidad.

que, desde la experiencia contradictoria y en tensión en lo social, económico, político, y, sobre todo cultural, de las diversas regiones latinoamericanas, ha venido a significar las perspectivas englobadas en el giro decolonial.

Si bien con mayor presencia en el ámbito de las ciencias sociales, este giro¹⁰ nos aporta una resignificación en el ámbito del campo arquitectónico y de los proyectos de ciudad, dado que varios de sus postulados permiten afianzar lo que consideramos una apuesta por una práctica en la coexperiencia sentipensante.

El pensamiento colonial, o mejor dicho la colonialidad, como señala Mignolo, es el pensamiento subyacente a la occidentalidad moderna. Anclada, en gran medida, en la tradición capitalista originada en la colonización de los pueblos ajenos a la centralidad europea, evolucionó arrasando saberes y experiencias originales bajo la premisa de la civilización versus barbarie, dada la constitución de un imaginario que presume la superioridad de la vida occidental sobre cualquier otra, y, ante ello, es justificable la subalternización y sometimiento de todo pueblo y cultura diferente a la occidental.

En este sentido, dicho proceso se gestó en una triada dominante: la colonialidad del poder, la colonialidad del ser, y la colonialidad del saber (Gómez Quintero, 2008). Por nuestro interés, develar lo que ha implicado la histórica instauración de un régimen de visibilidad, nos coloca, sobre todo, en el tercer eje: la colonialidad del saber.

El giro decolonial sostiene el restituir visibilidad y reconocimiento a aquellos otros saberes que, como parte de la matriz eurocéntrica del conocimiento, fueron excluidos de los espacios de formación y legitimación como las universidades¹¹ y los claustros de formación.

10 Entre los autores más destacados podríamos mencionar a los argentinos Walter Mignolo y Enrique Dussel, así como María Lugones, el peruano Anibal Quijano, la ecuatoriana Catherine Walsh, el colombiano Santiago Gómez-Castro, y la boliviana Silvia Rivera Cusicanqui, entre otros. Como aspecto general relevante, el eje común gira en torno a trascender la posición que ciertos sectores académicos hegemónicos han sostenido al señalar que en la actualidad vivimos en un mundo descolonizado y poscolonial. En este sentido, quienes comparten el llamado giro decolonial se contraponen a esta idea, pues sostienen que, aún en la actualidad, se siguen reproduciendo formas de dominación, no sólo económicas y sociales sino también cognitivas y de saberes desvalorizados, propios del pensamiento moderno ilustrado eurocéntrico.

11 Para Eduardo Lander, sociólogo venezolano, la formación profesional que ofrece la universidad, la investigación, los textos que circulan, las revistas que se reciben, los lugares donde se realizan los posgrados, los regímenes de evaluación y reconocimiento de su personal académico, “todo apunta hacia la sistemática reproducción de una mirada del mundo desde las perspectivas hegemónicas del Norte” (Lander, 2000).

Según Quijano y Dussel, el eurocentrismo es una actitud colonial frente al conocimiento que se articula de forma simultánea con el proceso de las relaciones centro-periferia y las jerarquías étnico/raciales. La superioridad asignada al conocimiento europeo en muchas áreas de la vida fue un aspecto importante de la colonialidad del poder en el sistema-mundo. Los conocimientos subalternos fueron excluidos, omitidos, silenciados e ignorados. Desde la Ilustración, en el siglo XVIII, este silenciamiento fue legitimado sobre la idea de que tales conocimientos representaban una etapa mítica, inferior, premoderna y precientífica del conocimiento humano. Solamente el conocimiento generado por la elite científica y filosófica de Europa era tenido por conocimiento *verdadero*, ya que era capaz de hacer abstracción de sus condicionamientos espacio-temporales para ubicarse en una plataforma neutra de observación (Castro-Gómez, 2007: 20).

En la crítica a la universalidad abstracta el principio del cartesianismo con su dualismo entre el sujeto y objeto (otorgándole a este último un rol dependiente y pasivo en la construcción del conocimiento), así como a la entronización del sujeto europeo, y el del kantianismo, constituyen dos ejes claves en la discusión desde esta perspectiva. Ramón Grosfoguel (2007) advierte sobre cómo la lógica cartesiana desvincula al sujeto de todo cuerpo y territorio, vacía al sujeto de toda determinación espacial o temporal, “lo que permite” que sea poseedor de una razón universal no situada espacial o temporalmente. Aunque cabe señalar que la “razón universal” es en realidad una razón europea, que objetualiza todo lo que no cabe en su *locus*, pero no sólo ello, sino que impone una actitud dominadora ante la naturaleza y los sujetos no europeos.

Por tanto, es necesario, como sostiene el peruano Aníbal Quijano, desprenderse del pensar y del hacer para con ello evidenciar cómo los conocimientos nativos, o ajenos a la matriz ideológica hegemónica, fueron excluidos, omitidos, ignorados o silenciados —en primer término, la decolonización epistemológica—, para dar paso a una nueva comunicación intercultural, a un intercambio de experiencias y de significaciones, como base de otra racionalidad que pueda pretender, con legitimidad, a alguna universalidad. Pues nada menos racional, finalmente, que la pretensión de que la cosmovisión específica de una etnia particular sea impuesta como la racionalidad universal, aunque tal etnia se llame Europa occidental. Porque eso, en verdad, es pretender para un provincianismo el título de universalidad (Quijano, 2008).

Valdría la pena una reconstrucción más profunda. Sin embargo, nos centraremos en lo particular en cómo esta matriz hegemónica eurocéntrica, sostenida en criterios de privilegio de clase, género, y sobre todo racial, favoreció

la puesta en marcha de lo que hemos denominado como “régimen de visibilidad”. El “punto cero”, término con el que Santiago Gómez-Castro refiere al ideal del pensamiento científico y su conocimiento como el único saber aspirable, la *tabula rasa* de Locke, se encargó en dicho régimen de invisibilizar otros saberes. Otredad que viene a significar, no una alternativa sino la irrupción permanente en las fracturas del centro de producción de conocimiento de la colonialidad. Por tanto, como señalaba Leff (citado en Farrés, 2014: 73), es necesario romper la racionalidad objetivante abriéndose a la otredad sin considerar las diferencias culturales en un saber universal o bien equipararlo a lo mismo. Reconocer otros saberes epistémicos, que vienen a significar formas de conocimiento intersticiales, y que, en lo particular, en el ámbito de la puesta en escena a la crítica eurocéntrica del campo de la arquitectura, cobra relevancia ante esas otras experiencias históricamente silenciadas por los claustros de formación disciplinar.

Decolonizar la mirada implica ubicar lo visual como un sistema que reproduce procesos de dominación que exigen ser cuestionados. En particular, las prácticas de racialización, jerarquización e inferiorización, que se dieron con los procesos de colonización, siguen configurando una matriz oculo-céntrica que fortalece, justifica y sostiene discursos y miradas de subalternización. Interpelar el sistema visual para dar cuenta cómo en el ámbito de la arquitectura se han utilizado imágenes y procesos de visualización como estrategia para afianzar discursos hegemónicos en torno a la representación y conceptualización del espacio y, con ello, producir un proceso de homogeneización y pérdida de identidad que diera pie a una cuarta colonización, como lo proponen Farrés y Matarán (2014): la colonialidad territorial.

La colonialidad del saber territorial ha sido establecida en las propias prácticas profesionales donde ciertos saberes dominan en las decisiones respecto de cómo concebir y habitar el territorio, la ciudad y la arquitectura. Muestras de ello son el privilegio con que las disciplinas científicas universalizan las nociones occidentales de territorio, ciudad y arquitectura; la exportación de los patrones occidentales de vida urbana; la propia jerarquía otorgada al “ser urbano” sobre el “ser no-urbano” como modelo de existencia; o la subvaloración que la enseñanza del diseño urbano-arquitectónico generalizada hace de lo tradicional, vernáculo o popular como respuesta válida a los problemas actuales (Farrés y Matarán, 2014: 37).

Desmantelar el régimen visual, que ha ponderado una observación oculo-céntrica instalando una sola manera de mirar como verdadera: “un régimen

basado en un paradigma racional bajo la distinción sujeto-objeto, que priorizó al sujeto observador, ocultando sus intenciones, enunciados y lugares de observación, mientras otorgaba el carácter de objeto a lo que observaba” (Barrientos, 2011: 14), es imperioso, ante el paradigma que dominó gran parte de los campos del saber y del hacer, como es el arquitectónico, resultando con ello una especie de elitización del quehacer en la arquitectura. A partir de una restitución de aquello invisibilizado o silenciado históricamente, ha dado como resultado la presencia de nuevas prácticas arquitectónicas bajo la apuesta de la experiencia situada.¹² Como sostiene Caballero Galván:

... la resistencia a la imposición espacial que ha desarrollado la modernidad capitalista/patriarcal, nos obliga a cuestionar el sentido y razón de lo que significa habitar el espacio urbano. Develar pues, los mecanismos de colonialidad implícitos en el espacio, es una tarea pendiente que debe comenzar revisando las categorías de análisis urbano-arquitectónico que por el momento forman parte de la imposición epistémica moderna (Caballero-Galván, 2018).

Así pues, podemos pensar en una arquitectura decolonial que cuestione los discursos estrechamente arraigados en la modernidad eurocéntrica y su matriz epistémica, en la búsqueda de aflorar aquellas otras experiencias visuales que, en la relación con lo concreto, siguen presentes en los márgenes del reconocimiento.

Ninguna mirada es empero estable. La crítica a la representación como proceso de materialización objetiva se convierte en la posibilidad de pensar diagramáticamente para deshacer la objetualidad representada, frente al surgimiento de la presencia en que el acto de mirar no es sólo creativo, sino perturbador en el sentido de mirar al otro, lo que constituye un doble juego de alteración. En este sentido, consideramos clave que en la lectura estamos planteando la apuesta para decolonizar los procesos hegemónicos de visualidad, hablar de una mirada situada, a la vez que sentipensante —categoría que retomamos del sociólogo colombiano Orlando Fals Borda para referir a aquel lenguaje capaz

12 No perdamos de vista que, en las corrientes feministas latinoamericanas, existe un vínculo importante con colectivos de arquitectas que restituyen el sentido del conocimiento situado de Donna Haraway. Bajo proyectos diversos han volcado su enfoque en torno a la práctica constructiva a partir del principio de dismantelar los universales —patriarcal, blanco y clasista— para pensar en otras maneras de construir o edificar bajo la base de la experiencia común. Como señala la arquitecta argentina Zaida Muxi: “pensar las ciudades para transformarlas desde la cotidianeidad diversa” (Muxi, 2020). Para mayor referencia consultar <https://www.archdaily.mx/mx/893072/que-es-el-urbanismo-feminista>

de pensar sintiendo y sentir pensando—,¹³ para con ello restituir la apuesta por una perspectiva de coexperiencia en la práctica arquitectónica y urbanística, experiencia situada que da cuenta, en primer lugar, de la ruptura con el sujeto ontológico universal y neutral, para centrar la atención en lo concreto que define las trayectorias vivenciales de las comunidades en sus espacios cotidianos, y que, en gran medida, han sido negadas conforme a la perspectiva de la globalidad neoliberal y sus intereses de mercado.¹⁴ Sin embargo, toda experiencia es compartida y colaborativa. El enfoque sentipensante —propuesto por el sociólogo colombiano merced a su trabajo con comunidades campesinas— nos lleva a la reflexión de cómo se produce el sentido de la vida en comunidades, a partir de su sentido de “lo común” que define sus modos de entender, practicar y apropiar el espacio. No es, como señalamos al inicio, la entronización del sujeto universal que en su individualidad trascendental marcó la visión de una tradición moderna eurocéntrica, sino reconocer que el individuo (arquitecto) posee su propia experiencia contextual que le da sentido a la configuración del espacio habitable, pero también habrá que identificar las experiencias de otros que favorecen la multiplicidad de interpretaciones y enriquecen la autenticidad del régimen de visualidad. Esto nos pone frente a experiencias “otras” que si bien, ocultadas o negadas por los centros que han legitimado el conocimiento —como las universidades—, tienen una presencia importante en las formas en que construyen el sentido de pertenencia y adscripción a un territorio específico (en el caso específico de Ciudad Juárez, vale la pena revisar el trabajo del colectivo Chopeke, conformado por arquitectos que, a partir de un enfoque de participación comunitaria, han redefinido el quehacer en torno a su práctica arquitectónica).¹⁵ Experiencias como éstas han permitido al sujeto (en su

13 Considerado uno de los representantes más destacados de la Investigación Acción Participativa, Fals Borda ejemplificó a lo largo de su vasta trayectoria académica y activista con las comunidades costeñas del noreste colombiano una vida comprometida con la transformación de las condiciones de precariedad y abandono que históricamente enfrentaron comunidades alejadas de los centros urbanos. Defensor de los más desfavorecidos, fue uno de los principales promotores del enfoque de Paulo Freire de aproximación a los oprimidos y la construcción de alternativas desde la propia visión y práctica de las comunidades. También retoma el término *icotea*, una especie de tortuga de la región, como analogía de quien aguanta y sabe esperar su momento.

14 En general, estamos de acuerdo en que Ciudad Juárez ejemplifica, en diversos aspectos, el impacto que esta lógica depredadora ha significado para la mayoría de su población. No sólo a partir del predominio de una lógica productiva-económica basada en el modelo de la industria manufacturera de exportación, sino en la promoción de una política y mercado de vivienda que ha sido más el resultado del enriquecimiento de intereses inmobiliarios particulares frente al lamentable abandono urbanístico.

15 Para mayor referencia consultar <https://www.youtube.com/watch?v=v6CxP-ht-Ss>

condición de arquitecto) abrirse a lo que el contexto le revela, aproximarse social, cultural e históricamente para reconocer las formas de vida que el lugar le develan, las relaciones entre el espacio y la gente. Esta mirada situada y sentipensante permite una relación dialéctica entre el arquitecto, el espacio y el habitante, la cual transforma el acto de proyectar que, en palabras de Fernando Espósito (2014), significa la identificación y conocimiento del “otro” (aunque, insistimos, de un “otro” como sujeto cognoscente, sin relación de jerarquía entre ellos), que produce un diálogo en el cual el arquitecto se deja “afectar por los sujetos y su contexto, antes de él mismo “afectarlos” (2014: 276).

Concluyendo

A lo largo del texto nuestra intención ha sido plantear una reflexión inicial frente a la urgencia que exige redefinir el quehacer arquitectónico y urbano frente a un escenario en el cual irrumpen situaciones que dan cuenta de una emergencia frente a realidades contrastantes. Más allá de las tradiciones formativas que se gestan en los claustros hegemónicos de saber, como son los programas académicos universitarios, la invitación está en asumir el reto de transgredir el horizonte de perspectiva que suele prevalecer bajo los criterios de validación de un régimen de visualidad que sigue prevaleciendo en la experiencia formativa.

Transgresión de la práctica visual no sólo en su carácter formal —bajo sus mecanismos y tecnologías donde han operado la inferiorización, objetualización y racialización en la relación sujeto-objeto—, sino en un giro radical desde dimensiones epistémica, ontológica y política, esto es, epistémica en el sentido de disidir la dicotomía sujeto-objeto como criterio de neutralidad y objetividad, para transitar en una relación de diálogo horizontal entre saberes en el cual se restituya el reconocimiento a los saberes “otros”; en el sentido ontológico, romper con el paradigma de la trascendencia del sujeto, para con ello ubicar el sentido de ser en común, en coexperiencia, y, por último, una dimensión política; esto implica que la práctica arquitectónica y urbanística debe ser comprometedora, debe asumir el insertarse en las necesidades y problemáticas concretas que enfrentan en su cotidianidad, principalmente aquellos que históricamente han sido negados o relegados en el imaginario hegemónico de la modernidad eurocéntrica; en lo particular, desorganizar los pactos y la representación hegemónica que controla el uso social de la imagen, sus reglas de visibilidad que clasifica objetos y sujetos. Ahí tenemos el gran reto, y la práctica arquitectónica-urbanística un compromiso fundamental.

Referencias

- Chávez MacGregor, H. (2018). *Insistir en la política, Rancière y la revuelta de la estética*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Clément, G. (2011). *Manifiesto del tercer paisaje*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Colomina, B. (2010). *Publicidad y privacidad. La arquitectura moderna como medio de comunicación de masas*. Murcia: CENDEAC.
- Espósito, G. F. (2014). El afecto en la arquitectura: la relación entre arquitecto, lugar y habitante a través del proyecto dialógico, en D. Sánchez y L. Domínguez (eds.), *Identidad y espacio público. Ampliando ámbitos y prácticas* Barcelona: Gedisa: 263-286.
- Farrés, D. Y. (2014). Críticas decoloniales a la arquitectura, el urbanismo y la ordenación del territorio. Hacia una territorialización de ambientes humanos en Cuba. Tesis doctoral. Granada: Universidad de Granada.
- Farrés, D. Y., y Matarán, R. (2014). Hacia una teoría urbana transmoderna y decolonial: una introducción. *Polis* 37, 7 de mayo de 2014, en <http://journals.openedition.org/polis/989>, consultado el 30 abril de 2019.
- Grosfoguel, R. (2007). Decolonizando los universalismos occidentales, en S. Castro Gómez, y R. Grosfoguel (eds.), *El giro decolonial*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Pontificia Universidad Javeriana: 63-78.
- Haraway, D. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Editorial Cátedra.
- Herrera, M., y Olaya, V. (2011). Ciudades tatuadas: arte callejero, política y memorias visuales, en *Revista Nómadas*, 35: 99-116.
- Ledesma M. (2005). *Régimen escópico y lectura de imágenes*. UNER, en <http://www.fc.edu.uner.edu.ar/clm/ledesma.html>
- Martin, J. (2003). *Campos de fuerza. Entre la historia intelectual y la crítica cultural. Regímenes escópicos de la modernidad*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Nisbet, R. (1998). *Historia de la idea de progreso*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Norberg-Schulz, C. (1979). *Genius loci: Towards a Phenomenology of Architecture*. New York: Rizzoli.
- Norberg-Schulz, C. (2008). El pensamiento de Heidegger sobre la arquitectura, en *Revista Discusiones Filosóficas*, 9 (13): 93-110.
- Rancière, J. (2011). *Aisthesis: escenas del régimen estético del arte*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Rojo S. P. (2019). La fenomenología como crítica del positivismo, en A. Gatica, F. Núñez, J. Retamal, y M. C. Vecino (eds.), *Actualidad de la fenomenología*, (s.p.). Buenos Aires: s.e, en <https://www.teseopress.com/actualidad/chapter/27/>

Investigación y arquitectura: una introducción a los contextos de emergencia,
se terminó de imprimir en los talleres de
Ediciones Navarra, Van Ostade #7,
Col. Alfonso XIII, Ciudad de México, CP 01460,
en el mes de diciembre de 2023
en tiro de 500 ejemplares.